ENCUENTROS PROFESIONALES

«Somos lo que hacemos y tenemos lo que damos»

A José María Pérez "Peridis" siempre le ha preocupado la sociedad. Desde su perspectiva de caricaturista o como arquitecto, lo social ha definido su labor profesional. Incansable divulgador, se muestra entusiasmado con el proyecto de lanzaderas de empleo que, recientemente, ha puesto en marcha. Como él dice, «acabamos de empezar, pero ya tenemos más de dos mil personas en él». Le preguntamos por esta iniciativa, así como por la arquitectura, el humor y el contexto social en el que nos encontramos. Y nos cuenta sobre su última pasión, la novela histórica.

Elisa G. McCausland

Desde Unión Profesional nos esforzamos por transmitir, por hacer llegar al profesional y a la ciudadanía una esencia que se sostiene en la vocación, el compromiso con la profesión y la sociedad, y también el esfuerzo en el trabajo. ¿Cómo se plantea José María Pérez "Peridis" el acto profesional?

Siempre he sido un tío raro. Y, además, creo que estoy un poco loco porque he procurado toda mi vida convertir mis profesiones en hobbies, y mis hobbies en profesiones. Siempre con un compromiso social. Estas serían las tres patas: La comunicación, es decir, la caricatura, que, vocacionalmente, es la primera, porque me dio por ella a los doce años. La segunda es la arquitectura, porque había un monasterio, arruinado, maravilloso, en frente de mi casa. Era el sitio de juegos de mi infancia.

He tenido la fortuna de ejercer unas profesiones maravillosas en unos sitios fantásticos. Arquitecto en mi estudio, aunque trabajé en una empresa de prefabricados. Dibujante en *Cuadernos para el diálogo, Informaciones* y *El País*. Una profesión siempre ha ayudado a la otra. Son dos facetas de mi vida, a las que se les suma una tercera: ayudar a la sociedad.

Los que recibimos mucho de la sociedad —no te pagan mal, te da para vivir bien, pero bien notable— estamos en deuda con ella porque podemos hacer mucho para mejorarla. Y esto me ha interesado muchísimo desde que vi que el monasterio de mi infancia estaba arruinado y que yo podía contribuir a arreglarlo. De ahí surgieron las escuelas-taller; y, ahora, las lanzaderas de empleo. El compromiso social es muy importante, no solo para las personas privilegiadas, sino para todos.

¿Podrías compartir con nosotros alguna anécdota de cómo el humor te ha ayudado en la arquitectura, o viceversa?

Todo ayuda. Dibujar, tener esta soltura en la mano, me ha ayudado a diseñar. La profesión de arquitecto da una cultura, una sensibilidad, una visión de la problemática que te permite, en proyectos de carácter social, aplicar una cabeza que está acostumbrada a organizar y resolver problemas. Ante un problema social, como dibujante, como caricaturista, analizo la sociedad y expreso qué está pasando con el dibujo. Todo ello ayuda a conformar una visión poliédrica, polivalente. Profesionalmente no ves las cosas ni en línea, ni en plano. Si a esto le sumamos el interés y la preocupación social, se puede lograr ver de manera tridimensional y dar respuestas polivalentes. Siempre he tenido la idea de que teniendo una mirada polivalente, puedes resolver varios problemas a la vez resolviendo el problema principal.

Atraviesa tu biografía esa interesante idea de la actividad profesional ligada a lo local, siempre comprometido con la sociedad, pues nos comentabas sobre la idoneidad de enfocar desde la mirada polivalente, y sobre lo importante que es la cercanía a la hora de conectar con una comunidad.

Creo que es muy importante, como dices, tener una vinculación, ya sea a una ONG, a un hospital, a una escuela, a un barrio, o a un arte, como el románico. Empiezas por el monasterio que conoces desde que eres pequeño. Levantas la vista y ves que en el territorio hay cien iglesias románicas. Te interesas por ellas. Ves que en la provincia hay ciento cincuenta; que en la región hay tres mil; que en España hay nueve mil. A medida que te vas remontando te pasa como con los aviones: vislumbras más territorio. Y eres más consciente de que tu influencia se puede extender como una mancha de aceite. Esto ya depende de tu capacidad. Por ejemplo, con la enciclopedia del románico de la península ibérica hemos abordado todo el románico de España —estamos acabando el proyecto—. Casi setenta tomos, nueve mil testimonios, más de mil empleos de arquitectos-historiadores. ¿Por qué? Porque partimos de lo local. Restauramos y documentamos lo nuestro; lo animamos culturalmente y lo llenamos de sentido. Fue entonces cuando ampliamos el foco de Palencia a Castilla y León, y dimos con las series de televisión, ampliando nuestra tarea divulgativa a toda España. Empezamos por el románico y, luego, hicimos los programas de catedrales.

Todo esto empieza con la rehabilitación de Santa María la Real…

Era un monasterio arruinado lleno de escombros. Lo primero fue tirar de carretilla: sacar los escombros con voluntarios; hacer una

José María Pérez "Peridis"

Entrevista

pequeña asociación cultural —que no era tan pequeña— con quinientos miembros; hacer romerías del románico para darlo a conocer, para contarlo y, a su vez, documentarlo. Y luego, claro está, restaurarlo. Es una visión global que se consigue yendo poco a poco, por pasos. Hemos llegado aquí al cabo de treinta y ocho años de una acción cultural que coincide, prácticamente, con toda mi vida profesional como arquitecto.

Este es también el germen de las escuelas-taller, que han evolucionado convirtiéndose, en la actualidad, en las lanzaderas de empleo.

Las escuelas-taller nacieron de una necesidad. Se acabó el dinero, porque los organismos ya no tenían dinero para restaurar el monasterio de Santa María la Real, pero había que acabar aquello. Entonces nos planteamos reconducir a jóvenes sin oficio ni beneficio, muchos de ellos sin haber acabado la escolarización. Estos jóvenes comienzan a trabajar en la recuperación del monasterio con los viejos artesanos y licenciados en paro, y aprenden un oficio. Con esto logramos que trabajen con los mayores, que se escolaricen. A su vez, hacemos para que los titulados tengan su primer trabajo. Los viejos artesanos enseñan su saber y, además, se ponen al servicio de la sociedad civil, por lo que con las escuelas-taller hemos resuelto algunos problemas. Este modelo ha sido replicado en las principales ciudades Patrimonio de la Humanidad de América, en Senegal, en Filipinas, en los territorios palestinos, y en España, en todo el territorio durante muchos años. Fue política activa del Gobierno de España, y sigue siéndolo.

El problema que tenemos ahora es que no debemos meter a más gente en la construcción porque es donde está el paro. No hay dinero, pero sí hay muchas personas valiosas; y locales vacíos en las universidades populares, en los ayuntamientos. Es por esto que hemos decidido adaptar la idea de la escuela-taller al momento actual. Esta idea es que los desempleados se ayuden los unos a los otros a buscar un empleo, y trabajan buscando trabajo para los demás. Concebimos lo que llamamos lanzadera como una sociedad colaborativa formada por veinte desempleados y un entrenador. Se trata de desempleados voluntarios, activos, visibles y solidarios que dedican su tiempo a mejorar su actitud. Al cabo de cuatro o cinco meses se han colocado casi todos. Y los que no se han colocado, o han montado un negocio, o se siguen ayudando unos a otros para encontrar trabajo.

¿Qué profesiones abarcan las lanzaderas de empleo?

Todas las profesiones. Los grandes investigadores no están desempleados, por lo que no están aquí, pero hay arquitectos, ingenieros, abogados, periodistas. También hay secretarias, carretilleros, conductores de ambulancia, responsables de empresas de recursos humanos que han cerrado.

¿Y qué tal están funcionando?

Pues fantásticamente. Los resultados están siendo asombrosos. En nuestra página web tenéis toda la información actualizada. Es importante, para la actitud, que los profesionales que lleguen a las lanzaderas de empleo ayuden a los demás; que pasen de estar oxidados en casa a sentirse útiles. Porque no debemos desdeñar que el desempleo, el paro, además de traer marginación a quien lo sufre, puede llegar a convertirse en algo parecido a una enfermedad para quien lo padece.

Estas iniciativas para sobrellevar la crisis económica son más que necesarias, precisamente, y como has comentado, debido a que uno de los sectores más afectados ha sido el de la construcción. ¿En qué sentido te ha afectado esta crisis como arquitecto?

Yo he cerrado el estudio. La arquitectura es zona catastrófica, pero tiene otras actividades relacionadas, como la rehabilitación, que ofre-

cen ciertas salidas. Para mí la arquitectura histórica, por ejemplo, tiene muchos valores; los tres que señala Vitrubio que tiene que tener la arquitectura: firmitas, utilitas y venustas. Un edificio se tiene que tener, tiene que ser funcional y bello. Este último valor viene definido por los dos primeros. Y luego está la euritmia, pues la arquitectura ha de tener ritmo. Todo esto lo encontré en edificios que aguantaban en el tiempo; envejecían, pero lo hacían con mucha dignidad. Formaban parte de la naturaleza porque, incluso como ruinas, eran hermosísimos. Aprendí más que en la carrera, y eso que en ella tuve un gran maestro, que fue Francisco Javier Sáenz de Oiza, arquitecto de las Torres Blancas, un buen amigo.

No obstante, dentro de la arquitectura me ha interesado mucho el equipamiento civil: teatros, residencias de mayores, casas de la cultura, guarderías, etc… y la mayor parte de mis trabajos han sido equipamiento cívico y cultural. Esta era, además, mi vocación y en eso he tenido mucha suerte. Ahora la profesión la veo totalmente cambiada. Se ha proletarizado. Es un cambio que ya había visto hace años en Inglaterra, pasar de ser profesión liberal a una profesión casi asalariada. Es lógico, entonces, que muchos estudiantes que buscan en la arquitectura una profesión que les proporcione una cierta realización personal, creativa, artística, se frustren al darse cuenta de que su labor se limita a llevar papeles, rellenar expedientes o hacer estadillos para cumplir normativas. No sé a ciencia cierta que siempre sea así, pero me da esa impresión.

Y le debes a la arquitectura tu otra vocación, la de divulgador.

Bueno, yo he sido siempre un poco cuentista. Siempre me ha gustado contar cosas. Ya sea con una caricatura, en la radio o en la televisión, o con la enciclopedia del románico. Creo que la divulgación es fundamental y ahora tenemos unas herramientas extraordinarias. Fundamentalmente, las series de televisión noveladas; es decir, estas series donde te empapas de la vida. Por eso, en mi última etapa me he dedicado a escribir. Una vez que la profesión de arquitecto ya no la puedes ejercer, y no lo digo por la edad, ahí está Óscar Niemeyer con cien años y acabando el edificio de Avilés. Pero, quizá me ha sugerido más quitarme de la pelea, de la burocracia que conlleva la profesión, y relatar.

En una novela cuentas el arte, la historia y la vida. Tienes que inventar un mundo, pero es tu mundo; un universo. Así que decidí divertirme contando lo que he vivido, lo que sé, lo que intuyo de la Edad Media a través de la novela. Es entonces cuando cierras un ciclo vital, porque ya no te mueves tanto, pero te mueves por dentro, y comunicas con los lectores un mundo de vidas, que es lo más interesante.

Tu novela, *Esperando al rey* (Espasa), —por cierto, premio Alfonso X a la mejor novela histórica del pasado 2014— ha sido definida como «el Juego de Tronos español». ¿Qué opinas al respecto?

Más allá de que sea algo que dicen los editores para vender, en aquella época había una lucha por el poder, y había un juego de tronos clarísimo. Se combinaban las aspiraciones políticas y personales de los distintos actores. Es la España de Alfonso VII, el emperador que, tras su muerte dejó el reino dividido entre su primogénito, Sancho, que heredará Castilla, y Fernando, que se quedará León. Aquello fue un juego de tronos donde nos jugamos la historia de España. De no haber salido como salió, habríamos sido otra cosa.

Dado tu compromiso con la divulgación, y como arquitecto y dibujante ¿te ha preocupado o preocupa el tema de la percepción del profesional en la sociedad?

La sociedad percibe a las profesiones como élites corporativas que protegen sus intereses por encima de los intereses del resto de la sociedad. Yo formo parte de una profesión que tiene unos intereses que, a veces, coinciden con los míos. No me siento identificado con la totalidad de los profesionales, evidentemente. ¿Defender los intereses de la profesión? Pues sí, pero a la vez hay que defender los intereses del resto de la sociedad. Una sociedad se gobierna por equilibrios: unos presionan más, otros presionan menos. Pero, el gobierno de una nación consiste en conciliar intereses distintos mirando al bien común. El conflicto puede estar en una profesión protegiendo su territorio y la otra profesión diciéndole a la primera que los tiempos han cambiado; que tienen formación para hacer de todo. Ahí puede estar el choque. De todas maneras, a estas alturas de la vida, ese es un conflicto que no me interesa. Ya estoy, por así decirlo, cerca de la desembocadura. Lo que ahora me interesa es cómo se gobierna esta sociedad con honestidad y con eficacia, porque tenemos un problema terrible de credibilidad institucional, desde arriba hasta abajo. Un problema de valores, de solidaridad, que nos ha traído una sociedad mucho más desigual.

Desde tu punto de vista de caricaturista y dibujante de opinión ¿el humor ha de tener límites?

Sí, los límites del respeto a la persona que tienes delante. Como en cualquier otra actividad de comunicación. Se pueden decir cosas sin recurrir al insulto. El humor tiene tantas facetas, tanto brillo, tanta chispa que no necesita recurrir al insulto o a la blasfemia. El humor es sutileza; es la poesía de la inteligencia.

Y para cerrar esta entrevista, ¿qué diría José María Pérez "Peridis" que ha aprendido gracias a las distintas profesiones que ha ejercido?

He aprendido que somos lo que hacemos y tenemos lo que damos. Uno es lo que hace, a la larga, y eso te da la felicidad que te corresponde. Al final hay un «debe» y un «haber». Debes lo que te dan y tienes lo que das. Y la felicidad consiste en dar; eso es lo que da sentido a nuestra sociedad. Creo que el progreso es una combinación de egoísmo y solidaridad: egoísmo en el sentido de que también tienes que buscar tu bienestar. Pero eso no es egoísmo, sino supervivencia. También tienes que defender tu dignidad; dignidad que se menoscaba cuando los que están a tu alrededor la pierden. Y por eso decía que somos lo que hacemos y tenemos lo que damos.

¿Qué planes tienes en el horizonte?

Escribir. Llegar a poner en marcha mil lanzaderas con veinte mil personas en el proyecto para el año 2020. Y vivir lo que me toque vivir con el máximo de dignidad y felicidad. Y que, cuando me muera, puedan mirar a mi alrededor y pueda decirse que el mundo que me rodeaba era un poco más gracioso, más poético, que el que yo me encontré. Con eso me conformo.

¿Estás trabajando ya en una nueva novela?

Claro, en la continuación de *Esperando al rey.* Todavía hay mucho que contar para aclarar ese «juego de tronos» que es la primera entrega.